

## Trapito sucio



*Por Mariano Latorre*

Pichuca, la única hija del Ojo de Buey, no estaba dormida, sin embargo el silencio que dulcemente la rodeó apenas los tres borrachos abandonaron el cuarto, terminó de despertarla. Como en los amaneceres, sentóse en su colchoncito de hojas de maíz, que a cada uno de sus movimientos crujía como si bajo él gritasen un millón de grillos asustados. Se restregó los ojos una y otra vez. El silencio como una araña invisible, empezó a tejer en torno suyo una tela de medrosa soledad. Soledad hecha de ruidos confusos y tenues; sordo correr de ratones, baratas que se perseguían en los viejos papeles despegados, dulce sollozo de una llave de agua a medio cerrar en el ancho patio del

conventillo. El sobresalto trajo la claridad de la conciencia. Estaba sola. Creyéndola dormida, sus padres y su padrino salieron a divertirse. En su cabecita sobreexcitada, esta Noche Buena que alegraba a todos y de la cual la eliminaban a ella, había prendido como un prodigio. La angustia apretó la garganta con sus anillos de serpiente. Fue un sollozo convulsivo, primero; llanto aliviador y luminoso, después. En su húmedo bienestar brilló, entonces, una resolución: conocer el secreto de la Noche Buena.

Púsose de pie y empezó a vestirse. No mucho que ponerse una faldita sucia, un resto de rebozo. Los tiesos cabellos los amarró en un manajo con una tirita roja que guardaba cuidadosamente: único gesto de coquetería de Pichuca.

Vistióse con toda clase de precauciones. Creía que mil ojos invisibles, y burlones la vigilaban e iban a impedirle su salida a la calle. Tropezó con la mesilla de trabajo de su padre. No se movió, envuelta en un precipitado torbellino de latidos que duraron tanto como los argentinos temblores de la lámpara en su viejo soporte de metal. Al borde del banquillo estuvo largo rato, en espera de algo impreciso, que estaba próximo y lejos al mismo tiempo, dentro y fuera de su cabecita en llamas.

La luna pascual derramó, de pronto, su tibia leche plateada por el cuarto sucio e inundó de paz el corazón tembloroso de la niña. En la puerta entreabierta hervía una fantástica claridad, que marcaba una ruta de ensueño.

Pichuca avanzó hacia el patio, pero volvióse bruscamente al observar, sobre el catre de madera de sus padres un halo de fúlgidas vibraciones. Un Niño Dios le sonreía en su marco de madera y le señalaba la noche con su dedito gordezuelo, como una mariposa cansada de vagar por los aires.

Confiadamente avanzó Pichuca hacia el patio. Sus pececitos negros, curtidos, no temían el áspero ripio ni las piedras puntiagudas. No dudó ya más; deslizóse a lo largo de las paredes del conventillo, y en la desapareja calle de arrabal avanza confiada. Una fuerza desconocida parece guiarla. Ni miedo ni temores.

En la atmósfera clara recórtanse los ángulos agudos de las tejas y son pozos de plata los patios abandonados.

Ágiles, incansables; corren sus piececitos hacia adelante, sin saber a dónde. Pegóse a un muro, para dejar que una carretela, estallante de gritos y de cantos, pasase con áspero balanceo. Hasta el caballito, sacado de sus sueños, trotaba con vigorosos golpes de cascos, contento de la alegría que mojaba sus lomos como una llovizna de cristal.

Cortó el negror de la calle de arrabal el estrépito llameante de un tranvía y en la dirección de sus rieles corrió Pichuca decidida, orientada por su instinto. En esta nueva soledad sentíase segura de sí misma, mucho más que en la penumbra soledosa del conventillo.

De sus padres no se acordaba. Su autoridad murió ante la del niño Dios y ante su noche buena, en cuyo enigma luminoso un payasito

de Talagante sonreía con su ancha boca pintarrajeada y hacía cabriolas grotescas, apenas sus dedos, apretados con nerviosa Impaciencia, juntaban los maderos del trapecio.

Una avenida cuajada de luces se abrió ante ella. Tranvías repletos de gentes alegres, de niños que llevaban osos peludos y payasos de trajes vistosos, corrían entre regueros de chispas y campanilleos ruidosos. Hacia el corazón de la ciudad, rojo temblor de luz en el cielo llevaba una muchedumbre anónima su ruidosa despreocupación. Entre ellos, Pichuca era un trapito sucio y maloliente. En vano levantaba los ojos hacia sus caras, no respondían egoístamente distraídos. Sentían sola. Y entonces, en un gesto de angustiosa defensa apretaba el retazo de pañuelos contra su busto descarnado. Y esto quería decir mucho; por lo menos, el no tener un juguete, cualquier cosa que apretar contra su corazón henchido de misteriosas aspiraciones, ávido de goces imprecisos.

El azar la puso, en el desordenado flujo de la multitud alegre, frente de una pequeñuela regordeta, sentada en la humilde puerta de una casa humilde. Estaba sola, curiosamente abiertos los ojos infantiles. Aislada como ella. Así le pareció a Pichuca. En sus brazos, un gran mono de carey, vestido como una guagua, daba la impresión de mirarla con curiosidad. La niña le hablaba a su muñeco barnizado. Dirigíale tiernas palabras:

—*¿Tene hambe el niño? ¿No? Tene hambe.*

Pegada a la pared, Pichuca la observaba con pedigüño titubeo.

Una súbita ternura subió a su garganta. Poco a poco se fue acercando sin hablar.

La niña advirtió su presencia; de pronto se puso de pie bruscamente abrazando al mono con gesto protector.

Gritó agudamente hacia el interior de la casa:

-¡Mamá, una chiquilla rota! ¡Mamá, una chiquilla rota!

Antes que la mamá acudiera a los gritos de la niña, las piernas flacas de Pichuca, aptas para todas las carreras, cruzaron la calle. En unos segundos estaba en la acera y corría en las ondas de otra corriente humana. Pero una espina se clavó en su corazón. Una espina aguda que perforaba su corazoncito palpitante.

—¡Chiquilla rota! ¡Chiquilla rota!

Pichuca no se daba cuenta de lo que esto significaba. Era para ella un enigma como el rechazo de la niñita del mono de carey. Pensó volver al conventillo, y, sin moverse permanecer en su pallasa crujidora, no sentir sino las carreras de las baratas en la pared o el tictac del misterioso reloj de la pobreza, pero la multitud que caminaba por la acera pegada a los muros fríos de las casas detenerse, segura de sí misma la fundía en su violento deseo de libertad y de goce. Hacia el río siguió sin darse cuenta. Junto a la vitrina de una pastelería de barrio, mismo vaivén de la muchedumbre la detuvo algunos segundos. Las tortas amarillas con ribetes de mermelada y merengues, animaron su lengua entre sus dientecitos ratoniles con nerviosa celeridad. ¡Con qué

envidia veía entrar al interior iluminado a los niños de la mano de sus padres o de sus mamás!

La espina se hundió más en su corazón y su manecita negra la revolvía con inconsciente terquedad. Era, sin embargo, un corazoncito fuerte, confiado, a quien el Niño Dios protegía en esta noche única.

Por eso nada la amedrentó en adelante. Eso sí, un abismo se había creado el entre el mundo y ella y, ella orgullosamente se había puesto sobre el mundo.

Asomada al pretil del río negro, bullanguero, respiró un instante con egoísta libertad. El ruido metálico de la charanga de un circo golpeaba sus oídos, resonaba dentro de su cabeza. Un rosario de luces rojas y amarillas prendíase a la noche. Y la carpa, traspasada de luz, ondeaba al viento que venía de las cordilleras como un gran trapo suelto. Se fue acercando poco a poco. Prudencialmente ahora. Y cuando estallaba un aplauso y sombras nerviosas se desplazaban en el blanco lienzo transparente, un escalofrío de placer recorría sus nervios excitados.

No se acercó a la puerta del circo, aunque en su cabecita astuta la idea de colarse por debajo de la carpa le pareció muy fácil de ejecutar. Una tranquila resignación. Había sustituido a su afán de acercarse a la muchedumbre. Ya nada la asombraba. Seguía adelante sin curiosidad alguna como si fuese a dejar los zapatos de su padre a un cliente del barrio de las Hornillas. Atravesó, de este modo, el puente y entró en la calle 21 de Mayo. No envidiaba, ahora, a los niños que por las aceras

arrastraban carritos o hacían sonar ruidosas cornetas. Veíalos pasar indiferente. No buscaba los ojos de los transeúntes ni osaba acercarse a los chiquitines burgueses que pasaban junto a ella. Frente a una gran vitrina iluminada, miró curiosamente los enanitos barbudos de piernas cortas y gran cabeza, como los de los cuentos que le oyó a su madre junto al brasero, y la hicieron estallar de alegría los grandes osos peludos, parados sobre una nevada de algodón, en la actitud de dar un abrazo.

Su asombro rayó en el pasmo cuando al llegar a la Alameda, vio girar la gran rueda luminosa, que se hundía en la noche espolvoreada de luna, con su carga de hombres y mujeres, para reaparecer, en vertiginoso volteo, chorreante de luces y estridentes sonidos.

Durante media hora, pegadas a la reja de un carrusel sus negras manitas, miró galopar los caballos fantásticos, que los niños manejaban confiados, sin embargo.

Pero aquí la esperaba, oculta en la sombra, su segunda prueba de Noche Buena. Esta vez no fue ella la que tuvo contacto con la multitud que la rodeaba sin aceptarla. No, no fue ella. Las manos aferradas históricamente a la baranda del carrusel, miraba el rodar de los carritos y el balanceo de los caballos grises blancos de revueltas crines. Fue una mujer gorda la que reparó en ella. Una voz chillona la hizo pensar que no estaba sola en el mundo y que aún para mirar los carruseles desde afuera, es preciso llevar zapatos y vestidos limpios.

-Llévate a Pepito, Salustio, que esa chiquilla debe tener piojos.

Y el marido, mirándola de través, se alejó rápidamente con el chico, al extremo opuesto del carrusel.

No se molestó Pichuca en lo más mínimo: su experiencia la defendía como un escudo. Sabía que no era de la raza de esos niños que tienen juguetes y viven en grandes casas llenas de luz. Sabía que no era de esa raza, pero ignoraba aún de dónde provenía, aunque viviese en la misma ciudad y bajo un mismo cielo.

Por lo demás, sus piecitos eran sabios en las astutas carreras para hacerse invisible en el conventillo o en medio de la calle, aún en la tibieza lunada de la noche pascual.

Tumultuoso hervir de gentes y gloria de luces que despertaba a los viejos olmos soñolientos, cargados de polvo, prolongábase en interminable perspectiva hacia adelante. Y dentro de este murmullo vago, de corriente lejana, las voces de heladeros y vendedores de frutas taladraban la gasa inmóvil de polvo en suspensión. Sólo una voz ronca de vieja persistía en el bullicio, a fuerza de repetir el mismo pregón:

—¡Como en la arbolera, las peras!

Y en el aire quieto, empapado de temblorosa luz, el aroma picante de las albahacas y el agrio de los claveles y clavelinas campestres, respiraba a ratos en oleadas cálidas.

—¡Como en la arbolera, las peras!

Pichuca se detuvo de improviso en su camino: una corneta de cartón quizá olvidada por un niño, blanqueaba en el piso polvoriento.



La miró ávidamente, esquivando los encontrones de la gente y temerosa de perderla de vista.

¿Volvería a buscarla el niño que la perdió? ¿La encontraría otra antes que ella? Violentos latidos de su corazón la detuvieron. Alguien podía pisarla y deshacerla; pero, ¡oh milagro inesperado!, la multitud pasaba cerca de la plebeya bocina sin tocarla. Una enorme bola de conscripto, la de un gigante, se imaginó Pichuca, puso su doble suela a un milímetro de la corneta. La niña estuvo a punto de lanzar un grito de alarma, pero la bota formidable se achicó repentinamente y, vuelta a su tamaño normal, se unió a su compañera y continuaron sonoras y torpes su camino, sin rozarla. No supo la niña cómo se encontró junto a ella. No había sino inclinarse y tomarla, pero el recuerdo de la niña y de su grito insultante: —ichiquilla rota, chiquilla rota!— paralizó su intento. Sin embargo, la sonrisa del Niño Jesús del conventillo y el rayo de luna prendido en el vidrio de la estampa, habían hecho brotar como un lirio mágico la confianza en su almita desolada. Se inclinó y tomó el juguete, lo ocultó bajo el rebozo y anduvo algunos pasos, pero un violento deseo de poner la boquilla de la corneta en sus labios la hacía rechinar los dientes como en un escalofrío y el loco sonajeo de cornetines que azotaba el aire espeso hacía su deseo cada vez más apremiante.

Terminó por sacar la corneta de debajo del rebozo. Al ponerle los labios, una duda atravesó su cerebro. ¿Y si la corneta no sonaba? ¿Si había sido abandonada por inútil o si el Niño Dios la castigaba por haberla tomado del suelo sin que nadie se la diese? Volvió a esconderla;

pero, en un súbito arranque, la puso en su boca: un largo sonido brotó del interior. Con toda la fuerza de sus pulmones, Pichuca tocó su anónima corneta. Las ásperas vibraciones borraron su angustia y le dieron una personalidad en medio de la multitud. A los mil ruidos que por todas partes se cruzaban como regueros de chispas, había unido el suyo, virginal. Era un canto de libertad, rudo, primitivo, pero su vida tenía un objeto en este instante.

Su exaltación no duró mucho. Ahora la atenaceaba algo más apremiante y que el esfuerzo de media hora hizo agudamente trágico: el hambre. Y esto era más difícil que tomar del suelo una corneta perdida.

Insidiosamente, por la espalda, llegó hasta sus naricillas ávidas el aroma penetrante de los duraznos primaverales. Se volvió como un resorte. Pilas de bolitas granates de piel brillante como un terciopelo dorado por la luz de un candil, se amontonaban frente a una mesita. Detrás, un viejo barbón, de voz atiplada, gritaba, al mismo tiempo que con una rama espantaba las moscas.

—¡A los pelaítos priscos! ¡A los pelaítos priscos!

Aproximóse más al viejo. Sus dientecillos hambreados, casi se disolvían entre la saliva ¡Qué dulce debía ser el jugo de esos duraznos maduros! Había tantos, tantos, y, sin embargo, aquel viejo de barba blanca no le daría ninguno.

Vínole, de pronto, el impulso de pedirle con voz humilde, muy triste, uno, uno solo; pero no se atrevió: El grito de alarma de la niña del mono de carey resonó en su recuerdo una vez más:

¡Chiquilla rota! ¡Chiquilla rota! rota!

Y con infinitas precauciones fue retrocediendo para que el viejo no la advirtiese. La punta del pañuelo se levantó con dolorosa lentitud hasta sus ojillos lagrimecidos; pero estas crisis le duraban poco a Pichuca, muy poco. Se aisló del río humano que se deslizaba por el centro de la Alameda, tras el tronco de un árbol. El viejo olmo colonial pareció protegerla con el ancho abanico de sus hojas nuevas. Nadie la vería allí. Adormilada, se estuvo quietecita, como fundida con la dura corteza, pero alerta al menor ruido. Poco a poco se fue corriendo por el tronco hasta sentarse en las raíces y el ruido sordo de la ciudad que rompía en inesperados gritos y cornetazos estridentes se fue apagando para Pichuca; pero sorpresivamente tuvo una brusca vuelta a la realidad. Algo leve, como si alguien invisible llamase su atención, tocó la punta de su piecito desnudo. Pensó en una barata o en un San Juan atontado por la luz que subiese por el empeine, y fue acercando precavidamente su mano para cerciorarse.

Nada en el empeine. No quiso retirar su piecito del punto en que sintió el roce, imaginando que este llamado misterioso no volvería a repetirse si se movía.

¡Dios mío!, ¿qué es esta bolita blanda, enorme, que cede a la presión de sus dedos? No es un insecto, no. No hay movimiento alguno de patas asustadas.

¿Quizá una pelota que ha venido rodando hasta sus mismos pies desde el centro de la calzada? Tomóla entre manos, y su olor

penetrante lo delató. Era un duraznito de la Virgen, oliente aún a primavera. En una envoltura color rubí ocultaba el tesoro de su carne dorada, él secreto de las huertas anónimas de los conventillos. Con su habitual gesto de desconfianza, lo escondió bajo el rebozo, observando a su alrededor.

El viejo de barbas blancas seguía impasible ofreciendo a la multitud pasajera sus pelaítos priscos. Se callaba, sólo para vender a su público de sirvientas y conscriptos las docenas de duraznos de diciembre, envueltos en cartuchos de diario. De aquel montoncito oscuro y aromático debió rodar el durazno como un pedrusco por la falda de una colina minúscula. No había duda. De pronto, su corazoncito comenzó a latir apresuradamente. En la tierra, a sus mismos pies, había cuatro duraznillos más, opacos de polvo. Cuatro movimientos astutamente espaciados y las cuatro bolitas oscuras estuvieron en sus manos.

Dando la vuelta al árbol, se alejó Pichuca con su tesoro hacia un costado del paseo. Sola, con fruición egoísta los fue limpiando hasta dejarlos relucientes como bolas de carey. Sus dientecillos ansiosos se clavaron en la pulpa azucarada y fresca de los duraznos. Satisfecha, alegre casi, echó a andar entre la muchedumbre. Los niños y sus juguetes coloreados ya no le interesaban.

Una llamita tibia dulcificadora, animaba su cuerpo, y en esta llamita sonreía el Niño Dios que le regaló una corneta o hizo resbalar para ella los duraznos de la mesilla del viejo de las barbas blancas.

Al oír los repiques alegres, precipitados, con que un monaguillo juguetón se entretenía en el campanario de la iglesia, allí mismo a dos pasos no dudó del milagro protector. Llenaban el aire esos repiques. Chocaban los sonidos entre sí. Reíanse las campanas apagando voces, cornetas y tambores.

Frente a ella abríase la ancha puerta iluminada, que le recordó la de su cuarto, encendido de plata lunar. Una interminable fila de mantos perdíase en el dorado resplandor del templo, y en la ola humana que penetraba se escabulló Pichuca al interior. Creyóse repentinamente en la gloria. Así cuajada de luz la concibió en sus sueños de niña pobre. En torno a las imágenes resplandecían rosarios de luces o arcos de oro semejantes a divinas aureolas. Súbitamente quedó inmóvil, paralizada. La realidad de su sueño estaba allí, palpitante, frente a ella.

El mismo Niño Dios sonreíale desde un altar, pero vivo esta vez. El dedito gordezuelo alargábase con cariñoso imperio hacia las cabezas de hombres y mujeres, extrañamente suavizadas por la luz.

En torno a Jesús la piedad popular había amontonado corderillos albos, pájaros deformes, monitos de greda en extrañas actitudes.

En un extremo de las gradas arrodillóse unciosamente y en su boquita sucia sonó la ingenua oración infantil con un gargarismo de agua corriente.

Luego dejó con toda clase de precauciones su cornetita entre los corderillos y los pájaros.

Sentíase cansada. El sueño había tocado con su ala de seda sus ojos visionarios. Andaba a trastabillones, tropezando con todo el mundo, que se apartaba con sorprendida brusquedad a cada choque, y en la angustia de no poder detenerse y descansar sin sobresaltos, la hirió, como una punzada, la vuelta a su casa. Debía encontrarse en ella antes que sus padres llegasen, pero el conventillo parecía estar al otro extremo del mundo, en un punto adonde ella no llegaría nunca.

Habíalo borrado casi de sus recuerdos. Los rezos, la risa continua de las campanas y el aroma del incienso pascual, terminaron por marearla. Su dolor sólo era un llanto calladito, ronco, que nadie pedía oír en aquel momento. Andaba maquinalmente, mientras su cabecita envolvíase en sombras. Un mundo nuevo germinaba en esa obscuridad. Sobre un colchoncillo crujidor durmió unos segundos, y luego, empujada por la marca de fieles, su cuerpo casi exánime tropezó con un tabique de un confesionario y se deslizó hacia el ángulo que éste formaba con la pared.

No se movió ya. En el rincón de sombra, nadie pudo advertir ese bultito harapiento, acurrucado, casi muerto; ni el propio sacristán, que apagó uno a uno las cirios humeantes y cerró después, las enormes puertas coloniales de la iglesia.

Pichuca dormía ya profundamente, olvidaba de todo. En un comienzo le pareció que bajaba desde muy alto, por entre las estrellas,

sin tocarlas nunca, con una suave vacilación de plumas que desciende. Imagínose que unas alas le habían brotado de las hombros por entre las roturas de su rebozo, cuyas puntas, al bajar, se agitaban en el aire puro, transparente, lleno de luminoso sosiego.

Y nada más, Pichuca no alcanzó a notar el silencio de las grandes campanas ni la soledad gris del templo donde brilló como un astro de fuego la lamparilla votiva, ni menos la fuga del incienso a través de los vitrales entreabiertos, a fundir su azulada tenuidad con el alma roja del polvo, detenido sobre la noche.

\*\*\*

"Trapito sucio" está incluido en el libro *El choroy de oro* (Santiago-Chile, Editorial Rapanui, 1946)

En: Bibliotecas Virtuales

<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/literaturachilena/MarianoLatorre/trapitosucio.asp>



### **Mariano Latorre**

Nació en Cobquecura, costa de la provincia de Ñuble, el 4 de enero de 1886. Fue hijo del español Mariano de la Torre Sandelis y Fernandina Court. Durante su infancia se trasladó de ciudad en ciudad en varias ocasiones junto a su familia: cursó sus primeras letras en Constitución y luego de un corto paso por Valparaíso, Santiago y Parral, se instaló en Talca, donde se recibió de bachiller en 1905.

En la ciudad maulina el joven Mariano Latorre se inició en la creación literaria. Junto a su amigo Fernando Santiván editó un periódico juvenil y colaboró con los medios locales *La Actualidad* y *La Libertad*. El mismo año de su bachillerato se fundó la revista *Zig-Zag*, y en ella el joven Latorre publicó sus primeros cuentos y poesías.

Impulsado por su padre, Mariano ingresó a estudiar Derecho en



la Universidad de Chile. Al tercer año, y coincidiendo con el fallecimiento de su progenitor, decidió abandonar estos estudios y matricularse en Castellano en el Instituto Pedagógico, titulándose de profesor en 1915.

Se casó con Virginia Blanco, y fue padre de dos hijos.

### **Su obra y el criollismo**

En 1912, Mariano Latorre publicó su primera obra, titulada *Cuentos del Maule*, donde comenzó a desplegar lo que posteriormente fue su marca de autor: el propósito de interpretar la geografía y los hombres de Chile, revelándose como un minucioso observador de la fauna y flora del país, así como también del lenguaje coloquial de sus habitantes.

Se le considera uno de los más fieles exponentes de la corriente literaria conocida como criollismo. A sus descripciones del campo y el mar, le seguirán, entre otros, *Cuna de Cóndores* (1918), *Ully* (1923), *Chilenos del Mar* (1929), *Chile, país de rincones* (1947) y *La Isla de los Pájaros* (1955).

Impulsor de las letras chilenas, Latorre también fue crítico de las importantes revistas *La Información* y *Zig-Zag*. Publicó además una obra de carácter autobiográfico y ensayístico, *Memorias y Otras Confidencias* (1971), así como varios ensayos, entre ellos *La Literatura de Chile* (1941).

Sus primeras incursiones en el mundo del trabajo lo llevaron del Instituto Nacional y la Biblioteca Nacional al Liceo Santiago. Fue director de Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y allí tuvo a su cargo la cátedra de Literatura Chilena, Hispanoamericana y Española. Desde esta posición fue incansable en su apoyo a escritores desconocidos o consagrados.

### **El Premio Nacional de Literatura**

En 1936 se le otorgó el Premio Municipal de Santiago. Y en 1944 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura. Se hizo conocido y apreciado en el exterior y recibió invitaciones de toda Latinoamérica; muchas de sus obras fueron traducidas a otros idiomas.

Mariano Latorre falleció en Santiago, el 10 de noviembre de 1955.

\*

En: Biografía de Chile

<http://www.biografiadechile.cl/detalle.php?IdContenido=263&IdCategoria=8&IdArea=32&TituloPagina=Historia%20de%20Chile>

Sus obras:

*Cuentos del Maule.* 1912

*Cuna de Cóndores.* 1918

*La sombra del caserón*, teatro.1919

*Zurzulita*, novela.1920

*Ully*, novela.1923

*Chilenos del mar*, cuentos 1929

*La chilenidad de Daniel Riquelme*, ensayo.1931

*Hombres en la selva*.1923

*On Panta*, cuentos.1935

*Hombres y zorros*, cuentos.1937

*La literatura de Chile*, ensayo.1941

*Mapu*, cuentos.1942

*Viento de Mallines*, cuentos.1944

*Puerto Mayor*, cuentos.1945

*El choroy de oro*.1946

*Chile, país de rincones*, relatos.1947

*El caracol*, cuentos.1952

*La isla de los pájaros*, cuentos.1955

*La paquera*, novela póstuma.1955

*Memorias y otras confidencias*, ensayos. Póstumas. 1971

## MARIANO LATORRE, PADRE DEL CRIOLLISMO

*Por Berta López Morales* (Universidad del Bío-Bío)

La obra de Mariano Latorre refleja su profundo amor por Chile: su geografía, sus hombres, su idiosincrasia, su lenguaje, que documentó en sus travesías por el litoral del país, desde el norte al sur, adentrándose en los contrafuertes cordilleranos, descubriendo los rincones que lo conforman; por fin, atesorando el perfil de una nación contradictoria, cambiante y rica en matices étnicos, lingüísticos y sociales. Esta diversidad es lo que está plasmada en la obra del llamado “padre del criollismo” y es la que ha fundamentado la solidez de una vocación eminentemente literaria que se complace morosa y amorosamente en la palabra puesta al servicio del paisaje.

En efecto, en Mariano Latorre se encuentra al hombre teórico y al creador en perfecta armonía, quizás a causa de las clases que impartía en la Universidad de Chile, en las que teorizaba apasionadamente sobre lo que debía ser la literatura tanto para el escritor como para su destinatario: un pueblo que buscaba construir su propia identidad, a través del conocimiento de nuestro país: “Ahondar en el rincón es la única manera de ser entendido en el mundo.” Tal vez con otro lenguaje, el criollismo apuntaba al corazón de la misma problemática que ha presidido el desarrollo del arte de nuestra América morena: la pregunta constante por el ser latinoamericano, por nuestras raíces y por el

continente mismo que se inserta en la cultura occidental hace poco más de quinientos años.

Mariano Latorre y los escritores de su generación coincidían en que la literatura tiene que mostrar lo chileno desde un punto de vista casi épico, surgiendo de la confrontación entre el hombre y naturaleza, y en consecuencia, mostrando los mejores y/o peores atributos de la raza. El concepto de raza, dentro de esta dicotomía adquiere una significación precisa: Latorre considera dos tipos, el roto y el huaso; el primero, indeterminado, anárquico, ateo e irrespetuoso y el segundo, telúrico, conservador, obstinado y creyente. Es por esta razón, que los criollistas se volcaron mayoritariamente y en un primer momento hacia el campo, el mar o la montaña, dado que la vida urbana no propiciaba la aparición de un héroe elemental, proteico, tallado en el rigor de la lucha con fuerzas también elementales que modelaban su psicología, su relación con el medio natural y social, sus valores y sus creencias.

En esta perspectiva, la obra de Mariano Latorre es considerada unánimemente por la crítica como aquella que mejor expone y realiza los principios que orientaron al criollismo en su producción literaria. La obra narrativa del escritor se compone principalmente de cuentos; sus únicas novelas, *Zurzulita*, *Ully*, *La Paquera* confirman su predisposición hacia el relato breve, pues le permite cumplir con el objetivo primordial de su obra: reproducir fielmente el paisaje y la fisonomía chilenos. En todos sus cuentos se puede percibir una preocupación casi poética por la tierra chilena: ríos, mar, cordillera, bosque ocupan un lugar protagónico, el centro de su escritura, ya que

Mariano Latorre, con paciencia de notario registra el vuelo del albatros, la cadencia del coigüe y de los álamos, el serpenteo sinuoso del Maule, la majestuosidad del cóndor en la blancura inaccesible de los Andes. De ahí que propusiera que la novela chilena pintara los siete medios naturales de Chile, los siete paisajes de su geografía y sus siete almas; de este modo el narrador era un auténtico descubridor de la verdadera realidad de la naturaleza, de la lucha entre el ser humano y la barbarie natural, hecho que otorgaba a las acciones humanas su sello de epopeya primitiva y original, vgr. “La epopeya de Moñi”.

Sin embargo, Latorre puede ser catalogado sobre todo como paisajista, un acuarelista que traspasa las vivencias de un paisaje vivido, incorporado a su experiencia vital e interpretado en cada uno de sus relatos con la finalidad de traspasar al lector no sólo el conocimiento sino también el amor hacia cada uno de los rincones de su país. En su primer libro, *Cuentos del Maule* (1912), y como su título lo indica, están presentes el paisaje de la región, algunos rasgos autobiográficos, las costumbres y una concepción rousseauiana del campo como el espacio de la pureza que llega a corromperse por la presencia y avance de la urbe:

“Luego se construye el ferrocarril y una heterogénea población venida de todas partes de Chile transformó la quietud aldeana del pueblo, dormido con sus casuchas achatadas a la orilla del agua, envuelto en el aire frescachón, salpicado de aguas saladas que el viento del sur roba del océano. Nunca me cansaré de criticar la influencia perniciosa de ese gentío exótico sobre las costumbres de mi tierra: ella

ahuyentó a los marinos antiguos, mató a los guanayes y corrompió al pueblo bajo...( “Un hijo del Maule”)

Como puede observarse, la crítica social aparece aquí y en la mayoría de la obra de Latorre desde el punto de vista del narrador, que correspondería a lo que Cedomil Goic denomina “la triple implicación de narrador, testigo y personaje”, procedimiento que “parece acrecentar el realismo, la ponderación imitativa, a un grado máximo, estrechando distancias y reduciendo a un mínimo toda fabulación” (Revista *Atenea* N° , 19 ). El verismo, ya sea autobiográfico o geográfico de la obra literaria de nuestro autor, es producto del aprendizaje de lo concreto, de lo propio y lo cercano de la generación anterior que se manifiesta ahora como un esfuerzo de autoconciencia que lo acerca al descubrimiento y conocimiento del hombre y su entorno.

En su segundo libro, *Cuna de Cóndores* (1918), el paisaje cordillerano, mostrado en toda su magnificencia, se une al paisaje humano: el pastor, el arriero, el bandido, todos ellos trazados en precisas pinceladas dan cuenta de la lucha del hombre con la naturaleza hostil de las cumbres andinas. *Chilenos en el mar* (1929) completaría una especie de trilogía sobre el campo, la cordillera y el mar, respectivamente y que dentro del proyecto de Latorre descubre en una primera aproximación el rostro de Chile. Algunos críticos consideran que Latorre no profundiza en la psicología de los personajes, pero podemos observar que en el último de los libros citados el autor se acerca mucho más a sus personajes, trata de

interpretar su conducta, alejándose de la tradicional objetividad de sus retratos; ahonda bajo la superficie, iniciando ahora su itinerario por las almas. Hoy, el lector de la obra de Latorre puede entender que el proyecto del escritor consistía más en la descripción casi didáctica de la flora, fauna, geografía física y humana de cada lugar relatado y plasmado en sus cuentos y novelas, lo cual no significa el descuido de una humanidad concebida en un absoluto mimetismo con las fuerzas telúricas de la naturaleza. En *Zurzulita* (1920), su protagonista Milla es la tierra primitiva y genésica, en oposición a Mateo, que significa la cultura, lo urbano. En esta novela se puede observar el conflicto entre naturaleza y cultura, así como el triunfo de la primera sobre lo extraño y extranjero en un mundo salvaje y agreste; el caciquismo, con sus prácticas brutales y a mansalva está brevemente esbozado, señalando un interés por los vicios de la sociedad rural sin una crítica explícita.

La segunda novela de Latorre, *Ully* (1923), es más bien una nouvelle, debido a su brevedad y a la simpleza de la trama. Aunque se ambienta en el sur y se escuchan algunas voces germanas, de ningún modo constituye la gesta de los colonos alemanes. Por el contrario, es una sencilla historia de amor que tiene como trasfondo las costumbres y las casas del pueblo que con su especial arquitectura determinan la fisonomía de los pueblos del Sur de Chile.

La tercera novela, *La Paquera* es la obra póstuma de Latorre, pero según Uribe Echeverría, se comenzó a escribir en 1916 y si se hubiera publicado a tiempo habría sido “cronológicamente, la tercera novela importante dentro de la corriente mencionada” (el naturalismo),



junto a *Juana Lucero*, de Augusto d'Halmar y *La cuna de Esmeraldo*, de Joaquín Edwards Bello. Relato urbano, *La paquera* incursiona en las pasiones de seres miserables, con algún defecto físico, y aunque en forma superficial explora los conflictos humanos buscando siempre la viñeta bucólica o agreste en cualquier resquicio de la narración, si ésta lo permite, entre las cuatro murallas de un Hospicio santiaguino. Por su temática, *La paquera* constituye una excepción dentro de la narrativa de Latorre; pues lo urbano se le dio tardía y escasamente. Fue en *El choroy de oro* (1946), en el otro cuento que conforma el libro, “Trapito sucio” que la ciudad y sus miserias aparece en forma magistral como el escenario en el que la pequeña Pichuca deambula en busca de fraternidad, de aceptación y de amor. Quizás en este relato es más patente el sentido y la crítica sociales, pues en *La paquera* se expresa más como la reflexión del autor que no acierta a entender la forma de ser del chileno:

“Aparentemente son iguales –se refiere a Sarita y a Cola, las dos tontas-, niveladas por el Hospicio, pero en el fondo hay una diferencia esencial.

Creo que eso se debe a la juventud de Chile como país. Nada hay fijo, determinado. Todo se confunde. A veces un gañán parece un caballero y un caballero tiene todas las características del gañán. Una ramera posee delicadezas de señora y una señora, inmundas apetencias de ramera. Un político, la psicología de un ratero y un ratero la sonrisa astuta de unpolítico. ¿Quién entiende esto, sobre todo si tiene que vivir en un medio tan desconcertante y tonto”. (*La*

paquera)

Aunque las constantes de Mariano Latorre son el paisaje chileno y el retrato de los abigarrados tipos que pueblan el territorio nacional, se puede afirmar que su obra sufrió una evolución, *On Panta* (1935), *Hombres y zorros* (1937), *Viento de mallines* (1944), todas colecciones de cuentos, muestran la veta socarrona, el toque de humor que hace inolvidables relatos como “On Panta”, “La vieja del Peralillo”, “El difunto que se veló dos veces”.

Sus últimos libros, *El caracol* (1952) y *La isla de los pájaros* (1955) muestran la vibración de los sentimientos del escritor; en él, en que predomina la milagrosa objetividad para cantar el campo, el mar, la cordillera, el norte y el sur, aflora la emoción, la poesía mezclada con los recuerdos de su niñez; pero también, en una prosa ya decantada en el oficio, su escritura avanza interrogando y develando nuestros mitos nacionales, dibujando, trazando y reconstruyendo el rostro de un país diseminado en una pluralidad de rincones y en la diversidad de sus hombres y mujeres. Latorre se consagra así como el intérprete literario más genuino de aquello que los criollistas buscaban con tanto afán: nuestra chilenidad.

\*

En:

Universidad del Bío -Bío

<http://www.ubiobio.cl/ebb/latorre/legado.htm>

